

Y FUTURO NACIONAL

EDUCACION

SUPERANDO
DICOTOMIAS
Y
PREJUICIOS

HACIA
EL
DESARROLLO
INDEPENDIENTE

EDUCACION
LIBERADORA

NACIONALIZAR
LA
ENSEÑANZA

"Nos congratulamos con las recientes nacionalizaciones de nuestros recursos básicos como pasos fundamentales hacia una mayor independencia del País.

"Advertimos, sin embargo, que ésta no podrá ser auténtica e integral si, al mismo tiempo, no adaptamos la Educación a las verdaderas necesidades del presente y futuro de la Patria".

Los obispos proponen la nacionalización de la enseñanza. Se dirigen al pueblo venezolano. No son los jefes de una denominación religiosa que se dirigen a sus clientes. No son los jefes de un partido que reclaman su cuota de poder. Son unos venezolanos que, en nombre de Jesucristo servidor de los hombres, se dirigen a otros venezolanos. Su carta es "una patriótica contribución". Su enfoque, eminentemente nacionalista. Proponen nacionalizar la educación porque es un "servicio público de la más alta prioridad nacional". De ahí que proclamen: "Si la Educación es el medio para formar el nuevo hombre venezolano, la Educación es una en sus fines". La educación, pues, no puede considerarse como una mercancía que se ofrece al mercado. No es un bien indiferente, superfluo, librado a las leyes de la oferta y la demanda. En Venezuela sólo se puede admitir un tipo de educación: la que tienda a crear las actitudes y capacidades que necesita nuestro país para lograr su desarrollo independiente e integral.

Queremos decir que nos alegramos profundamente de este enfoque de nuestros obispos. No aparece aquí la Iglesia como esa Sociedad Perfecta, completa en sí, un mundo dentro del mundo, con sus fines propios y con sus propios medios directos e indirectos; una sociedad políticamente soberana. No aparece la Iglesia como la desengañada de este mundo, que lo da por perdido y se dedica a construir el mundo de los elegidos con sus instituciones paralelas para salvarse de la corrupción de la sociedad. Aquí aparece la Iglesia del concilio que "corre la suerte temporal del mundo" y que actúa dentro de él sirviéndole en el camino hacia la liberación total.

Mucho se ha caminado, gracias a Dios, en estos treinta años. Desde posiciones antitéticas y parciales hacia visiones más complexivas. Nuestros obispos, refiriéndose entonces al título del Estado para educar lo calificaron de "ciertamente respetable, pero extrínseco a la función educativa". El primer Mandatario por su parte asentó que la escuela "sólo por el Estado debe ser orientada". Ambos confundían al Estado con el gobierno de turno. Y de esa reducción se seguían, junto a generosos empeños por llevar la educación al pueblo, contingencias y deformaciones que nuestros obispos no podían admitir pero que sólo pudieron evitar asumiendo el concepto liberal de libertad privada. De ese ambiente brotó "un decreto inconsulto y sin base de equidad: el 321" (R. Betancourt). Que a su vez fue combatido desde una perspectiva un tanto elitista. Pero mucho se ha caminado, gracias a Dios, en estos treinta años "superando -como dicen nuestros obispos- dicotomías y prejuicios de tiempos pasados".

Ahora nuestros obispos como representantes de la institución eclesiástica se colocan dentro de la Comunidad Nacional, es decir dentro del país político, dentro del Estado venezolano. Interpretan nuestra dinámica como "una nueva gesta libertadora". Y entienden su aporte como una profundización del proceso. Nueve veces se refieren en la carta al reto que tiene planteado el país diseñándolo como un camino a la independencia. De aquí que en el fondo de su análisis aparezca la dependencia como la principal traba para nuestro desarrollo nacional. Sería en el fondo el mismo análisis que hacían en Medellín los obispos latinoamericanos cuando responsabilizaban de nuestra situación al colonialismo que se da en el interior de nuestros países y al neocolonialismo externo, es decir, al "imperialismo internacional del dinero" (Medellín 2,9).

En este proceso de "desarrollo integral e independiente" la educación sería un punto estratégico de primera magnitud.

Desde esta perspectiva enfocan los obispos nuestra situación educativa. Reconocen gustosamente que la democracia venezolana ha realizado en este campo "un esfuerzo sin precedentes", no regatea recursos económicos y, por ejemplo en el nivel universitario, ha logrado una extensión comparable a la de los países más desarrollados. Sin embargo en el aspecto cualitativo reconocen que la deficiencia es honda. Nuestra educación no sirve para formar el venezolano que impulse al país a un desarrollo integral e independiente. Porque el niño es objeto de la educación no el sujeto que se educa. La disciplina, impuesta y sin participación. El contenido, nocional y libresco. La meta, la obtención de un cartón que permita vivir sin mancharse las manos.

Frente a esta situación proponen "una educación liberadora". Y la entienden enfrentada a nuestros problemas reales, con responsabilidades compartidas. Una escuela donde el muchacho no salga revestido de unas cuantas nociones y reglas sino empapado en un proceso de transformación que lo convierta en un ciudadano laborioso, responsable, capaz y solidario.

Los obispos son conscientes de que todo en nuestra sociedad conspira en contra de este proceso. Y por eso se refieren a los medios de comunicación, no para pedirles algún que otro espacio, sino un verdadero "cambio cualitativo". Y se refieren a los docentes pidiéndoles que no tomen la enseñanza "como un simple medio de subsistencia, ni mucho menos como una desafortunada carrera tras el dinero, ni tampoco como una plataforma de proselitismo ideológico y partidista". Se refieren a la Administración de la educación estimulándola y demandándole mayor efectividad y coordinación. Y en consonancia con el enfoque de la carta se dirigen sobre todo a los propios estudiantes: Piden que los responsables de la educación "acepten con honradez la verdad de sus planteamientos". Pero piden así mismo a los estudiantes responsabilidad para "aprovechar con avidez la enorme inversión que el Pueblo hace para su formación." Y sobre todo insisten en que "recae en ellos la grave responsabilidad histórica de continuar en el campo económico, social y cultural, la emancipación política legada por nuestros Libertadores".

Y aquí radica el nudo de nuestro drama: Actualmente todo en nuestro país conspira para corromper a nuestra juventud, para alejarla de esas tareas que suponen arduo esfuerzo y ponen en peligro privilegios consolidados. "Enseñar a leer a los venezolanos y suministrarles como material de lectura pornografía o comiquitas importadas, no es propiamente educar a nuestro pueblo", decía recientemente un educador (R. Pizani, El Nacional 27-1-76). Y sin embargo actualmente nuestra sociedad está indefensa contra este cáncer. Más aún ella misma —lo que pomposamente llama sus fuerzas vivas— es la que produce esta descomposición que hipoteca nuestro futuro.

Por eso la llamada de nuestros obispos a todos los miembros de la Comunidad Nacional. No podemos dejar solo al gobierno. Todos formamos el Estado venezolano y sin nuestra colaboración no será posible nacionalizar este nuestro primer recurso estratégico, nuestra juventud.

Y aquí se inscribe la modesta pero significativa aportación de la institución eclesiástica. Evangelizar aquí y ahora implica que "la Escuela Católica acentúa todavía más el compromiso de una educación liberadora integral." Y eso no son sólo palabras porque el documento no es fruto de divagaciones oficinescas sino que recoge en verdad la perspectiva, el aparato conceptual, las apreciaciones, la dirección y las dificultades del elemento más consciente de nuestra Iglesia. En esta ocasión la jerarquía habla en nombre de una base sencilla pero animosa que se desplaza de las zonas residenciales a los barrios y al interior del país. Hoy, reconocen los obispos, escasean las vocaciones religiosas para educar a una juventud burguesa que ha tomado conciencia de clase y no desea asumir responsabilidades sociales. Y sin embargo muchos, entre ellos personas mayores, redescubren entre nosotros la alegría del evangelio en la labor venezolanista de una educación popular con una dirección cada vez más integral y liberadora. Democratizar la enseñanza no es para estos hombres no cobrar pensiones, es más bien acercarse al pueblo, educarlo para darle poder. Esto es ya un verdadero movimiento.

Y para afirmarlo en servicio del país piden los obispos un Reglamento de subsidios. El Gobierno ha respondido con unas Normas de subvención a los colegios privados que estimamos como un primer tanteo, como un camino satisfactorio. Nos parece muy acorde con la dirección nacionalista que reclama la educación católica el que se privilegien parámetros como la enseñanza técnica, la ubicación en zonas rurales o urbanas marginales, el grado de gratuidad y el número de alumnos (aunque esto iría en contra de las rurales). Creemos que las dificultades que se ven venir son las dificultades de la nación, señaladamente el gran peso en la aplicación de los criterios de funcionarios intermedios, a veces demasiado mediatizados en sus decisiones por intereses partidistas.

Sin embargo la dificultad mayor para llevar a cabo esta educación liberadora está; no nos engañemos, en la estructura de poder del país y en los hábitos y actitudes que engendra. A medida que nuestra educación vaya constituyendo comunidades educativas este fermento chocará con intereses creados. No nos referimos ahora a demagogias seudorevolucionarias sino a la toma de conciencia, a la capacitación, a la articulación, en una palabra a la movilización popular que esta educación engendra como fruto natural. Los grupos de poder, los medios de comunicación, el propio Gobierno la temen. Aunque sólo ella sería nuestra salvación.

Al menos sería de desear que el Gobierno no corte subsidios por el delito del éxito de esta educación liberadora, y que la institución eclesiástica no abandone a la hora de las dificultades a estos educadores a quienes ahora tan públicamente respalda. Incluso que mantengan esa promesa tan cristiana de comprender y colaborar con "todos aquellos que no participan de nuestra visión de fe, pero que comulgan en la preocupación de hacer de la Educación un instrumento de progreso independiente e integral del País".

Si acepta encuadrarse en estos lineamientos la educación católica no tendrá nada de mundo paralelo o competitivo sino que podrá convertirse en un aporte humilde pero significativo al reto que enfrenta el país: "formar nuevas generaciones, altamente capacitadas y con voluntad inquebrantable de utilizar los bienes de que dispone para construir una sociedad más humana, justa y solidaria". Lo que hasta ahora no hemos sido capaces de hacer nosotros.

DEMOCRATIZAR
LA
ENSEÑANZA

DIFICULTAD
DE LA
DEMOCRACIA